

JAVIER RUESCAS

CUENTOS
DE BERETH
III

Los Versos del destino



VERSÁTIL
ediciones



LA NIÑA SENTOMENTALISTA

La rama terminó por ceder y combarse alrededor de las demás raíces y hojas húmedas que daban forma a la improvisada diadema de hojas.

¿O era una tiara?

Lysell arrancó varias margaritas que crecían a su alrededor y las fue colocando con cuidado en el entramado, como si fueran las perlas de un tocado.

O las puntas de una corona.

Una vez que estuvo lista, la hizo girar para contemplar el resultado y sonrió, satisfecha. Había quedado preciosa. Entonces cerró los ojos e imaginó que alguien se la colocaba sobre su despeinado cabello platino. Después de ajustársela tras las orejas, se puso de pie en mitad del pequeño claro y giró lentamente para suponer, en función de lo que su sombra le mostraba, cómo le quedaba.

No pudo evitar darse cuenta, una vez más, de lo mucho que había crecido en los últimos meses. Hacía ya un tiempo que era incapaz de reconocerse ante los pocos espejos que encontraba en el campamento, y eso la inquietaba. Aunque todavía no se apreciaban con evidencia las curvas de su cadera ni de sus pechos, había dejado atrás el aspecto andrógino de la infancia para dar paso al de una mujercita de labios gruesos y pestañas largas y claras que enmarcaban sus inquietantes ojos del color del cielo invernal.

Si bien seguía obstinándose en llevar sus habituales pantalones raídos y sus camisolas anchas que desdibujaban su aparente fragilidad, en secreto miraba con envidia a las nómades mayores que se confeccionaban sus propios atuendos de escotes generosos y faldas multicolores. Quizás algún día ella también llevaría prendas así.

Antes deberías aprender a comportarte como una mujer, espectro, le diría alguna de las niñas del campamento con malicia.

Deja de cazar y de perderte por los bosques como ellos y a lo mejor empezaremos a considerarte una de nosotras, corearía otra.

¿Una falda?, ¿tú? ¡Pero si la desgarrarías antes de salir por la puerta!, añadiría alguna madre que estuviera atenta a la conversación.

La sonrisa en el rostro de la niña se fue derritiendo como las últimas nieves del bosque de Célinor. ¿A quién quería engañar? Ella siempre sería Eis. La incorregible y desesperante Eis. La antes deslenguada y ahora taciturna Niña de hielo. Una princesa sin trono. Una nómada sin campamento. Una joven sin familia.

Poco más de medio año había transcurrido desde que aquel misterioso sentomentalista se presentase en ese mismo claro para entregarle un don que creía desear, pero que solo le había traído desdichas y problemas.

Con el invierno, Lysell dejó de hablar. Y aun entonces, a comienzos de la primavera más florida que nadie era capaz de recordar, seguía sin pronunciar más palabras que las estrictamente necesarias para sobrevivir... o para no llevarse un coscorrón por parte de Bautata.

En realidad los comprendía. Ella temía tanto como ellos el incontrolable poder que le había sido entregado y no había noche que no suplicara a las estrellas para que desapareciera. Pero de nada le sirvió.

En cuanto a lo de ser la princesa de algún reino lejano, intentaba pensar en ello lo menos posible. ¿Cómo iba a ser la dueña de nada que no fuera su arco y sus flechas? ¿Quién se suponía que iba obedecerla si osaba, por la razón que fuera, dar una orden?

Con un nudo en el estómago, la niña volvió a sentarse sobre la hierba a contemplar cómo el sol se iba ocultando tras las copas de los árboles para dar paso a otra noche que auguraba ser lluviosa. *Ojalá pudiera quedarse al menos hasta el verano*, pensó reprimiendo un escalofrío.

Si al menos pudiera contárselo a alguien además de a Bautata... Pero ¿a quién? ¡Solo complicaría más las cosas! Todos se alejarían de ella aún más por miedo a que sus secretos más íntimos quedaran al descubierto con una simple pregunta suya. Si ya de por sí estaba sola, ¿cómo se comportarían cuando revelase su don? Solo lo había utilizado dos veces y las dos habían tenido terribles consecuencias.

Todavía sentía remordimientos al recordar el rostro descom-

puesto de Kil Patda cuando descubrió que su marido la engañaba con su hermana cuando ella se encontraba fuera. No había sido su intención preguntarle, pero un día en el que Lysell lustraba su arco sin molestar a nadie, Tronbat se le acercó y, con desdeñoso humor y aliento a vino, le preguntó si no estaba harta de vivir allí cuando podía marcharse a su reino de origen, fuera cual fuese. Entonces ella, sin reprimir su lengua, le preguntó con desparpajo si no estaba harto de acostarse con otras mujeres que no fueran su esposa. Para cuando quiso cerrar la boca, Tronbat ya estaba respondiendo, con tan mala fortuna que la desdichada Kil Patda pasaba por allí en ese momento y lo escuchó todo.

La situación fue empeorando por momentos. Se reprocharon verdades que hasta entonces habían permanecido en las sombras y comenzaron a aflorar historias que deberían haberse perdido en el olvido. La situación se resolvió días después con el destierro de Tronbat y de la hermana de Kil Patda y el recelo posterior hacia Lysell por parte de todo el campamento como principal causante del malestar general. Si hubiera mantenido la boca cerrada, nada de aquello habría sucedido.

No pasaron ni dos meses antes de que la muchacha volviera a utilizar su don sin querer. Y aquella vez fueron muchos más quienes salieron mal parados. La infidelidad, a fin de cuentas, solo había afectado a tres personas, mientras que el hurto y las mentiras que a raíz de una inocente pregunta de Lysell se descubrieron entonces amenazaron con echar abajo buena parte de los cimientos sobre los que se sostenía aquel legendario clan.

Entonces fue cuando Bautata se reunió con ella y le sonsacó el secreto. Con lágrimas en los ojos, la niña le confesó lo sucedido a su abuela postiza, la única que seguía mirándola con cierta ternura. Le habló del sentomentalista que se hacía llamar Etorre y del don que le había entregado tras descubrir las brumas de su pasado y su ascendencia real.

Para comprobar que no le estaba mintiendo, Bautata le pidió que le preguntara lo que fuera. En cuanto la mujer se sintió impelida a responder, los ojos se le agrandaron y la certeza se dibujó en sus pupilas. No tardó en relacionar aquel suceso con la marcha de Tronbat y el resto de situaciones pasadas en las que la muchacha se había visto envuelta. Aquella niña, Eis, Lysell, se llamara como se llamase, era una sentomentalista. La primera de la que se tenía constancia. La única, posiblemente.

E incluso entonces, Bautata se mostró serena y relajada. Antes que sentomentalista o princesa, Lysell seguía siendo una cría asustada con un desolador futuro, suponía, por delante.

Por supuesto, se guardó de decirle aquello y lo único que pudo hacer fue consolarla y advertirle de que a partir de entonces aprendiera a refrenar su lengua y a no ceder ante las burlas de los demás nómades. Pero aquellos consejos, como descubrirían pronto, llegaban tarde.

Para entonces, Azquetam, el chamán del campamento e hijo de Bautata, y sus hombres de confianza habían tomado la decisión de reunirse para ver qué hacían con ella. ¿Era buena idea que permaneciese con ellos cuando, en realidad, nadie la quería allí y no existían lazos que la retuvieran?

De la peor manera y a tan temprana edad, Lysell tuvo que aprender que, a veces, las palabras podían hacer más daño que las espadas.

Suspiró agotada de tanto darle vueltas a la cabeza y miró con detenimiento el tocado al que había dado forma sin apenas ser consciente de ello. Aquella tarde se había internado en el bosque para aguardar la respuesta del tribunal y así aprovechar para buscar ramas secas y construir nuevas flechas. ¿Cómo había terminado con aquella corona de hierbajos en la mano? De pronto sintió la necesidad de tirarla, pero justo cuando se disponía a hacerlo, escuchó un grito a lo lejos.

La niña se puso en pie de un salto, tan rápido que sus botas resbalaron en la hierba húmeda y tuvo que agarrarse al esmirriado tronco de un abeto para no caerse. Prestó atención.

Esta vez, el ulular del viento trajo consigo el aliento cansado de algún tipo de animal y el trote rápido de unas patas sobre el terreno húmedo.

Lysell sacó rápidamente el cuchillo que siempre llevaba atado a la bota y se colocó en posición defensiva. Cada vez se escuchaba más cerca el jadeo del animal. Un lobo, supuso. O un lince grande. Se maldijo por no haber llevado consigo ningún arma más contundente. ¿Por qué se había vuelto tan confiada? ¿Acaso la verdad la sacaría de una situación como aquella?

Lo primero que vio emerger de entre los arbustos fue una pata oscura. El resto del cuerpo vino detrás. Se trataba de un lobo de pelaje tan negro como la noche. Sus ojos, ambarinos,

resaltaban como estrellas luminosas y parecían tan humanos que Lysell tuvo que contener la tentación de alargar la mano para acariciarle el hocico.

Por el contrario, el animal dio varios pasos hacia ella y después echó el cuello hacia atrás. Su aullido atravesó el bosque, y la niña se tapó las orejas con las dos manos por miedo a que fuera a estallarle la cabeza. Aquel sonido parecía provenir del interior de la tierra. Antiguo y profundo, se fundió con el viento, que lo arrastró en todas las direcciones.

Lysell suspiró resignada. El lobo bajó la vista para mirarla directamente. Sabía lo que tocaba ahora: esperar. Así, en silencio y con la respiración acelerada, aguardaron uno frente al otro hasta que escucharon unos pasos menos ágiles a su derecha.

Lobo y niña se giraron para ver aparecer junto a una roca a un muchacho de cabello lacio y tan negro como el pelaje del lobo. Vekka.

—Por fin te encuentro —dijo sin mostrar un ápice de interés ni variar su tono monocorde.

—No lo has hecho tú, ha sido *Lue* —replicó Lysell, señalando al lobo, que trotó hasta el muchacho y se frotó contra su pierna—. ¿Por qué me buscabas? —preguntó tras pensar cada palabra antes de pronunciarla.

—Te llama mi padre.

Lysell sintió un nudo en la garganta. ¿Ya estaba? ¿Habían decidido qué hacer con ella?

—¿Sabes si...?

Vekka se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No me han dicho nada. —Su voz parecía rasposa. Como si de pequeño se hubiera tragado un puñado de arena que subiera y bajase cada vez que alzaba la voz. No era desagradable, pero sí inquietante.

A diferencia de su padre, Vekka era todo huesos. Delgado como un palo y con los músculos poco desarrollados, jamás intervenía en ninguna pelea, ni competía en las carreras con los jóvenes de su edad, ni se mostraba interesado por todo aquello que su padre, como chamán, pretendía enseñarle. Era, para muchos, una desgracia de hijo y una pésima opción para suceder a Azquetam. Y por ese mismo motivo, a Lysell le gustaba. Le consideraba su único amigo, o algo parecido.

—No creo que les haga gracia tener que esperar, Eis —comen-

tó el muchacho antes de dar media vuelta y echar a andar con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Ya voy —respondió ella. A continuación añadió—: ¡y me llamo Lysell!

Él se giró y mostró una diminuta sonrisa en sus labios.

Poniendo los ojos en blanco, estrujó entre sus dedos la corona que había construido y salió corriendo tras ellos.

—Me gustaría pedirte un favor —dijo de repente el joven con aquel tono de voz lánguido que crispaba los nervios de tantos, pero que a Lysell le relajaba.

—Mientras no me pidas mi arco o mis flechas...

—Nunca se me ocurriría —replicó él, en broma. A continuación tragó saliva y el atisbo de diversión que había asomado en sus ojos se disipó antes de decir: —Quiero que... si te vas, me lleves contigo.

Lysell se puso rígida. ¿Había oído bien?

—No sabes lo que dices, Vekka.

El niño se detuvo un paso por delante. El lobo los miró y bufó.

—Sé lo que digo, Eis...

—Lysell.

—*Lysell*. Estoy harto de vivir en este maldito campamento aferrado a este bosque año tras año. Harto de que todo el mundo me diga cómo debo ser y a quién debo parecerme. Quiero marcharme. Y lo voy a hacer... pero me gustaría hacerlo con alguien.

El lobo gruñó y el chico añadió, palmeándole la cabeza:

—Aparte de contigo, amigo.

—Pero tu padre... Bautata... —Varias palabras le venían a la cabeza: traición, vergüenza, destierro.

—¿Son ellos quienes van a vivir mi vida? —su voz se convirtió en un susurro al final.

—No, supongo que no. Pero... —esta vez fue ella quien bajó la vista antes de seguir—. ¿Y si no me marchó? ¿Te... te irás tú?

Vekka se encogió de hombros por respuesta y acarició las orejas de *Lue*.

—Sí.

La niña asintió y se mordió el labio inferior. Sabía que era verdad. A fin de cuentas, la pregunta la había formulado ella.

—Vamos, se hace tarde —dijo él. Y juntos marcharon de re-

greso al campamento con el lobo trotando a paso ligero por delante.

De reojo, la niña echó un vistazo a Vekka. No era particularmente agraciado, se dijo, pero sus marcadas facciones y aquellos ojos de un color indefinido entre el negro de la noche y el gris de las sombras provocaban en quien los miraba tanta fascinación como angustia y desconcierto. Eran un pozo en el que nadie se atrevía a adentrarse sin una luz. Nadie excepto Lysell, que después de tanto tiempo a solas con él había aprendido a controlar las ganas de apartar la mirada.

Pero Vekka no había sido siempre así. Hubo un tiempo en el que aquel muchacho esmirriado apuntaba maneras para suceder a su padre. Desde que aprendió a hablar y a moverse solo por las inmediaciones, se había convertido en el referente de todos los niños. Tenía, como muchos decían, alma de líder. Y podría haber seguido siendo así; podría haberse convertido en el perfecto chamán que aquel sedentario campamento necesitaba. Pero entonces se produjo el ataque, y Vekka no volvió a ser el mismo.

Alguna vez había escuchado a los adultos murmurando acerca del chico y de su temible mascota. De cómo, con solo sentir cerca al muchacho, un sexto sentido les advertía que debían tener cuidado, que tenían que estar alerta. Y también de cómo el miedo los dejaba paralizados sin razón, impidiéndoles reaccionar de ninguna forma. Un miedo irracional que palpitaba sin ningún motivo cada vez que él los observaba. Incluso si lo hacía con una sonrisa en los labios.

Y, aunque aquello no tuviera sentido, era ese mismo miedo con el que los demás lidiaban lo que a ella le llevaba a sentirse unida a Vekka. A fin de cuentas, si alguien podía comprender lo sola que se sentía, si había alguien con quien pudiera bajar la guardia y pasar horas sin necesidad de hablar, ese era él. Pero si se marchaba...

¿Qué haría ella si Vekka decidía abandonar el campamento?

Si el chico se lo hubiera propuesto varios años atrás le habría hecho ella misma el petate, pero ahora...

Sonrió para sí al recordar lo mal que se llevaban unos años atrás. Lo mucho que le gustaba a Vekka burlarse del gélido color de su pelo o de que se comportara como un chico. Pero ahora las cosas habían cambiado. Y ella le necesitaba tanto como él a ella. O eso le gustaba creer.

Nunca se había atrevido a preguntarle qué fue lo que sucedió en el bosque aquella noche de verano. Sabía que se había alejado del campamento poco antes del amanecer y también que se había desorientado lo suficiente como para no encontrar el rastro de vuelta. Más tarde, cuando quiso regresar, fue atacado por algún animal salvaje y allí quedó tendido hasta que su padre lo encontró varias horas después. Esa era la información que Azquetam había compartido con el campamento, el resto eran rumores y especulaciones.

¿Cómo había sobrevivido si quienes habían estado allí habían podido contemplar su cuerpo destrozado? ¿Qué clase de brujería había tenido lugar durante aquella fatídica noche para que los gritos del muchacho desgarrasen la paz mientras unas sinuosas y aterradoras siluetas, proyectadas en la tela de la tienda de campaña del chamán ante la luz de una vela, danzaran al compás de los sonidos del bosque?

Y más importante aún, ¿por qué había perdido su sombra el niño?

Con solo diez años, Vekka pasó de ser el más querido a ser una criatura temida y evitada. Nadie lo hacía de manera directa. Siempre había sonrisas congeladas en sus rostros cuando él aparecía y suspiros de alivio cuando se alejaba. Y la situación no hizo más que empeorar cuando el cachorro de lobo, a quien el propio chico bautizó como *Lue*, apareció una mañana en la linde del campamento y ya no se separó de él ni de día ni de noche.

Lysell dio un par de zancadas rápidas y volvió a ponerse al nivel del muchacho. No conocía a nadie que se moviera entre aquellos árboles con mayor agilidad. Ni siquiera ella misma podía seguir su ritmo sin esfuerzo. De algún modo, Vekka, para bien o para mal, se había convertido en parte del bosque. En una criatura que los pergaminos sobre plantas y animales que se habían recopilado a lo largo de los años no contemplaban.

—¿Tienes miedo? —preguntó Vekka, sin dejar de mirar al frente. Lysell se preguntó durante un segundo qué sucedería si no contestaba a la pregunta. ¿Insistiría su amigo en conocer la respuesta o lo dejaría pasar?

—No lo sé. Un poco, supongo.

Él asintió, conforme.

—Pase lo que pase, no les hagas caso. Sobre todo a mi padre.

Jamás le había visto hablar de los mayores del campamento con un desgarro tan pronunciado en sus palabras.

—Una vez tú quisiste ser como ellos —replicó ella, incapaz de contenerse.

Le gustaba pensar que aquel pasado en el que había estado sola, en el que todos los niños se burlaban de ella con Vekka capitaneándolos, no era más que el mal recuerdo de una pesadilla excepcionalmente vívida. Sin embargo, también sentía una necesidad imperiosa de recordarse una y otra vez que aquel tiempo fue real, que estuvo sola y que en el fondo no le fue tan mal. Por si en el futuro volvía a no tener a nadie.

—Han cambiado muchas cosas desde entonces —dijo él, serio—. No los conocía tanto como ahora. Es difícil tomar en serio la luz de quien se oculta entre tantas sombras.

La niña fue a preguntarle a qué se refería, pero llegaron a los últimos árboles y el campamento se desplegó ante sus ojos como por arte de magia. El silencio que había reinado hasta entonces se disipó en gritos de chiquillería, órdenes de voces graves y risas cantarinas.

Vekka le indicó con un gesto de la cabeza que le siguiera. Se escabulleron por la parte trasera de las cabañas, sin hablar con nadie hasta la más suntuosa de todas.

La tienda de campaña de Azquetam era el doble de grande que la de cualquier otro nómada. Forrada con gruesas pieles de animales y revestida en algunas partes de madera, el hogar del chamán era el claro reflejo de su morador. Presuntuoso, altivo, egoísta e insultantemente poderoso.

A las puertas, un corrillo de hombres y mujeres murmuraban con gesto adusto. Asintiendo y corroborando la opinión de los otros con solemnidad. Sin llegar a escuchar sus palabras, Lysell supo que habían llegado a una decisión unánime.

Se giraron en cuanto advirtieron su presencia, ¿o la del lobo y el niño sin sombra? Lentamente, se fueron apartando, ofreciéndoles una suerte de pasadizo que a la niña se le antojó como un corredor directo a la horca. Tragó saliva y bajó la mirada, sumisa.

Vekka iba delante. Se acercó al pedazo de piel curtida que hacía las veces de entrada y se giró una última vez para mirar a Lysell. Sin palabras, ella buceó en sus neblinosas pupilas para encontrar el consuelo que sus labios no pronunciarían. Una

oleada de optimismo la embargó al tiempo que las facciones del chico se endurecían.

Antes de que pudiera llegar a advertir el cambio, Vekka se dio media vuelta y penetró en la tienda. Lysell lo siguió.

El olor a sudor y a hierbabuena, el agobiante calor y la falta de luz la aturdieron unos segundos mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, solo cercenada en algunos lugares por los rayos del sol que se filtraban aquí y allá como hilos dorados. Lysell podía imaginar con extrema claridad cómo, quienes ahora aguardaban fuera, habían estado pisando aquel mismo suelo, respirando aquel mismo aroma enrarecido y decidiendo sobre su futuro minutos antes.

—Gracias, Vekka —dijo Azquetam desde el extremo más alejado sin tan siquiera girarse para mirarlos—. Puedes dejarnos solos.

El muchacho se dio media vuelta sin asentir, ni hacer una leve reverencia, ni mostrar ningún respeto por el hombre más poderoso del campamento. Tampoco miró a Lysell al pasar a su lado.

El chamán se demoró unos instantes más antes de volverse hacia ella con un cuenco de madera entre las manos. La infusión humeaba hipnóticamente, trazando en el aire el mismo camino hasta el enorme butacón que hacía las veces de trono para aquel rey sin reino.

Azquetam tomó asiento y siguió en silencio otros insufribles minutos mientras daba pequeños sorbos a su bebida y las voces del exterior se colaban por los resquicios de la tela, arrojándolos como una nana indescifrable. Un grueso goterón de sudor se escurrió por la frente de la niña, trazó la forma de su huesuda mejilla y se perdió bajo su cuello. Ella no se movió. Intuía lo que el chamán pretendía: que perdiera la paciencia y que preguntase; que le diera un motivo específico para comenzar a criticar su insaciable curiosidad, la misma que la había metido en aquel embrollo.

Con estoicismo, aguardó sin pronunciar palabra, dispuesta a no darle aquel placer que tanto deseo denotaba la creciente expectación del hombre. Por el contrario, se atrevió a sonreír cándida e inocentemente. Como si, de repente, hubiera olvidado por qué se encontraba allí.

—Eis —Azquetam pronunció su nombre con una mezcla de

auténtica solemnidad e incontrolada burla. Como si la admirase por haber provocado todo aquello y al mismo tiempo se riese de que hubiese cometido tantas equivocaciones juntas. También fue un modo de tentarla a replicar, pues todo el mundo sabía que, desde el invierno, quería que la llamaran Lysell—. Me temo que no tengo buenas noticias para ti.

Al menos estaba siendo franco, pensó ella. Después cambió el peso de un pie a otro.

—Cuando tu padre te trajo no eras más que un bebé que apenas sabía gatear. Han pasado doce años desde entonces y ahora no solo gateas, sino que también correteas por los bosques y juegas con tu arco y tus flechas. —Sí, con los mismos que habían alimentado a buena parte del campamento durante las fechas más frías del invierno, se dijo—. Sin embargo. También aprendiste a hablar. Y te volviste insolente, preguntona y maleducada.

Lysell abrió los ojos, incrédula.

—Por tu culpa este campamento ha estado a punto de venirse abajo, de desaparecer. ¿Cómo es posible que una niña tan impertinente haya estado tan cerca de acabar con algo que existe desde casi el comienzo de los tiempos?

Estaba jugando con ella. Lo veía en el brillo de sus ojos y en la sonrisa que los labios ocultaban con dificultad. Solo quería hacerle perder los estribos. Ella, por el contrario, bajó la mirada.

—Tu padre era un hombre agradable. No parecía estar muy acostumbrado a trabajar con las manos cuando llegó, pero aprendió rápido y se convirtió en una persona útil. —¿Por qué no dejaba en paz a su padre? ¿Por qué no se limitaba a decirle el veredicto? ¿Por qué la odiaba tanto?—. Por desgracia, su repentina muerte fue un duro golpe para todos. ¿Quién se haría cargo de la pequeña Eis? ¿Cómo se adecuaría a las agresivas condiciones del bosque sin un padre ni una madre que la protegieran?

El monólogo empezaba a inquietarla.

—Pero yo hablé con Bautata y le dije: Madre, tenemos que cuidar de esta niña. Sé que no es nuestra y que bien podríamos dejarla en el bosque para que se la comieran las alimañas, pero somos personas de buen corazón y nuestro deber ahora es protegerla. —El chamán la miró y se llevó a los labios el tazón humeante—. Ella dudó: ya había criado a Vekka cuando yo no podía atenderle por culpa de mis tareas y estaba cansado. Pero logré

convencerla y juntos te enseñamos cuanto has aprendido. — Hizo una pausa y se reclinó hacia delante, entristecido—. Por eso, Eis, ahora me pregunto qué hicimos mal. Por qué nos de-seas tantos pesares cuando lo único que queríamos era darte el amor de una familia.

—Yo no...

—¿Tú no? ¿Tú no? —La voz del hombre cambió de registro a uno más frío y peligroso, ya no había nada meloso en sus palabras—. Tú te has aprovechado de nuestra hospitalidad y de nuestra bondad. Te has burlado de nosotros sin ningún respeto. Y eso me hace sufrir. Sobre todo cuando viene de alguien que consideraba mi hija.

Lysell estaba conmocionada. ¿De verdad estaba sucediendo aquello? ¿Qué pretendía diciéndole aquellas cosas? ¡Aquellas mentiras! Las palabras se le acumulaban en la garganta, pero no encontraba el modo de que llegaran a su boca. Azquetam la miraba con rabia y diversión, como quien le arranca las alas a una mariposa y después la observa intentar alzar el vuelo sin ninguna oportunidad.

—El consejo ha decidido expulsarte del campamento. —Era lo que esperaba, pero no por ello fue menos doloroso—. Quieren que te marches inmediatamente. Al amanecer, a ser posible.

Lysell asintió y se tragó el nudo que la impedía respirar.

—Yo, sin embargo, te ofrezco algo diferente... —El hombre se puso en pie y avanzó hacia ella. Antes de que se diera cuenta, lo tenía en frente y con las manos sobre sus hombros—. Sé quién eres. Igual que también sé por qué te gusta que la gente te llame Lysell.

La niña reprimió un escalofrío y sintió cómo enrojecían sus mejillas, nerviosa. ¿Hablaba en serio? Necesitaba salir de allí y ordenar sus pensamientos. Aquel hombre le estaba haciendo perder la cabeza.

—Lo he sabido todo este tiempo y sin embargo no he dicho nada. Antes de que tu padre muriera me confesó de dónde proveníais para que, cuando fueras mayor, pudieras regresar y ocupar tu lugar en el trono. Tu lugar en el trono... —Lysell dio un respingo—. ¿Ves? He guardado tu secreto y el de tu padre hasta el día de hoy. Podría haberte vendido o haberle ofrecido la información al primero que me hubiera dado una buena cantidad de berones, pero no lo he hecho. ¿Y sabes por qué? —Le

alzó la barbilla con sus enormes dedos para que la mirase—. Porque eres como una hija para mí.

Una lágrima se escurrió por la mejilla de ella. Quería dejar de escuchar. Quería volver al bosque. Quería volver a estar sola.

—Y como familia que somos, quiero marcharme contigo.

Lysell se atragantó y comenzó a toser. Debía de estar alucinando realmente. ¿Serían acaso los vapores de su infusión?

—He estado pensándolo y es lo mejor para los dos —continuó él, indiferente a su reacción—. Aquí nadie te quiere. Y a mí hace tiempo que este lugar se me ha quedado... pequeño.

Así que era eso, pensó la niña, frunciendo el ceño. Aquel hombre lo había enredado todo para que la expulsasen y tuviera que marcharse. Así tendría una excusa para llevarle consigo a un lugar donde pudiera ser algo más que el chamán de un campamento largamente olvidado.

Lysell se apartó de él un paso.

—¿Qué sucede? —preguntó Azquetam, compungido—. ¿No te gusta la idea? ¿Piensas viajar tú sola por estos bosques sin rumbo fijo?

Siguió retrocediendo.

—¿Cómo crees que vas a encontrar tu lugar de origen sin mi ayuda? Nadie te conoce, nadie sabe quién eres. Nadie te busca.

—Quiero marcharme —dijo, con un hilo de voz.

—Y yo también. Por eso te ofrezco la oportunidad de acompañarte.

—No...

—¿No? —Él avanzó hacia ella—. ¿Cómo que no? ¿Acaso tienes otra opción? Lo he pensado todo. Te marcharás primero y yo te alcanzaré al anochecer. Podemos trazar una ruta para encontrarnos.

Lysell estaba asustada. Ya no quedaba apenas espacio entre el chamán y la tela de la tienda. El rostro del hombre volvió a dulcificarse, pero no lo suficiente. La sed de poder seguía empañando sus ojos.

—Por favor, Lysell. Los dos queremos salir de aquí. Nada nos ata. Ayudémonos el uno al otro.

¿Que nada le ataba? ¿Y su familia? ¿Su hijo? ¿Su pueblo?

—No —replicó una vez más, esta vez intentando que no le temblara la voz—. Me iré sola.

—Pero... —el fuego brilló en sus pupilas, un fuego que había

tenido atado hasta el momento—. ¡Me lo debes, niña ingrata! ¡Yo te he mantenido viva todos estos años! ¡Te he cuidado y no he permitido que nadie te hiciera daño!

—Eso es mentira —balbució ella.

—¿Qué sabrás tú de las mentiras?

El hombre la agarró del hombro e hizo fuerza con su enorme mano.

—¡Me haces daño!

—Más daño me haces tú, hija mía.

—¡Yo no soy tu hija! —gritó Lysell, y le escupió en la cara.

—Insolente... —Azquetam se quitó la saliva con la mano y después la miró con furia—. Pues si yo no me marchó, tú tampoco irás muy lejos.

La niña luchó con todas sus fuerzas para liberarse, pero fue en vano. Vio con impotencia cómo el chamán alzaba el puño hacia ella y se disponía a atizarle con él. Pero justo en ese momento, cuando ya creía que nada detendría el golpe, escuchó una voz desde el otro lado de la tela.

—¿Azquetam? —el hombre se quedó paralizado y rápidamente soltó a la niña.

—¿Qué... qué sucede? —preguntó con voz ronca.

—¡Tenéis que venir! Los cazadores han... encontrado algo en el bosque, señor.

El chamán miró a Lysell y después respondió:

—Voy enseguida.

Tras escuchar que los pasos se alejaban, alzó el dedo en dirección a la niña:

—Tú sabrás lo que haces, pero si piensas irte sola, más te vale salir corriendo. Por tu bien.

Lysell se mordió los labios y aguantó la embestida cuando el hombre la apartó para salir de la tienda. Las lágrimas no tardaron en asomar en sus ojos claros, esta vez con más fuerza. De miedo, de vergüenza, de ira y de impotencia.

Se llevó las manos a los ojos y se las arrancó con rabia.

Ella era una reina.

No permitiría que aquel hombre le volviera a hacer llorar nunca más. Se marcharía cuando nadie lo esperase y comenzaría una vida muy lejos de allí. Pero ¿y si con su misterioso don Azquetam se vengaba? Tendría que arriesgarse, decidió al salir de la tienda de campaña.

Vekka la esperaba fuera, con el lobo a los pies.

—Lo siento mucho —dijo, taciturno. Ella no supo si se refería a su expulsión o a lo que acababa de ocurrir. Pero, por lo que fuera, asintió y se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que ha pasado en el bosque? —preguntó, tragándose las últimas lágrimas.

—No lo sé. Los hombres vienen para acá. —Se acercó a ella y con emoción poco contenida añadió—: dicen que han encontrado a una mujer con un monstruo, heridos.

—¿Qué clase de monstruo?

El chico miró hacia ambos lados.

—Uno mitad hombre, mitad cuervo.